



TESTOSTERONA REX

CORDELIA FINE

MITOS SOBRE SEXO, CIENCIA Y SOCIEDAD

«Fine tiene esperanza, pero también está furiosa. Todos deberíamos estarlo. *Testosterona Rex* es un murmullo de descontento que debería inspirarnos a rugir.»

The Guardian

PAIDÓS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Os presento a Testosterona rex

Nota sobre la terminología

Primera parte: PASADO

1. Capricho animal
2. ¿Un centenar de bebés?
3. Una nueva posición sexual

Segunda parte: PRESENTE

4. ¿Por qué las mujeres no pueden parecerse más a los hombres?
5. Paracaidistas introvertidos
6. ¿La esencia hormonal de Testosterona rex?
7. El mito de Lehman Sisters

Tercera parte: FUTURO

8. Adiós, Rex

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Se nos ha dicho muchas veces que la testosterona es la quintaesencia de la masculinidad y que el sexo biológico ejerce una influencia fundamental en nuestro desarrollo. Sin embargo, la psicóloga Cordelia Fine demuestra, con estilo y astucia, que no es cierto que el sexo dé lugar a naturalezas masculinas y femeninas.

Testosterona rex se sirve de la ciencia evolutiva, de la psicología, de la neurociencia y de la historia social para dejar atrás anticuados debates sobre características «innatas o adquiridas».

CORDELIA FINE

TESTOSTERONA REX

Mitos sobre sexo, ciencia y sociedad

Traducción de Ana Pedrero

PAIDÓS 
Barcelona • Buenos Aires • México

Para Isaac y Olly

Y además de rabia, también tengo esperanza, porque creo firmemente en la capacidad de los seres humanos para reformularse a sí mismos para mejor.

CHIMAMANDA NGOZI ADICHIE
Todos deberíamos ser feministas

Os presento a *Testosterona rex*

Una noche, durante una cena familiar memorable, se me ocurrió decir que había llegado el momento de esterilizar a nuestro nuevo perro. Antes de seguir, me parece oportuno explicar que mi hijo mayor muestra un extraño interés, poco propio de un niño, por la taxidermia. Por eso, desde el momento en el que el travieso y cariñoso can entró en casa, mi hijo está empeñado en que, cuando muera, no lo mantengamos vivo únicamente en el recuerdo, sino también en el comedor, primorosamente conservado en formaldehído. A ojos de mi hijo, mi comentario sobre la castración del animal abrió la puerta a una solución provisional a la espera de que llegara el día. Muy emocionado, soltó los cubiertos y exclamó: «¡Podríamos hacer un llavero con sus testículos!».

Las ventajas de dicha idea fueron inmediatamente sometidas a debate.

Comparto aquí un momento tan íntimo de la vida familiar de los Fine por dos razones. Primero, porque me gustaría poner de relieve que, en contra de la percepción predominante de las feministas como el tipo de personas que no podrían imaginar mejor forma de empezar el día que abriendo la puerta de la oficina con un manojito de llaves de las que cuelgan un par de testículos bien grandes, veté la propuesta de mi hijo con vehemencia.

La segunda razón es que me proporciona una metáfora muy útil. Sin duda alguna, un llavero hecho con un par de testículos llamaría la atención; resultaría incluso hipnotizante. «Qué llavero más curioso llevas», te diría la gente con educación. Pero, en realidad, lo que te estarían diciendo es

que tu identidad está muy definida: todas las idiosincrasias, las complejidades, las contradicciones, las características que compartes con todos los que *no* llevan unos genitales de llavero carecerían de importancia; a partir de ahora, *lo que eres* es alguien que lleva un llavero de testículos.

El sexo biológico llama nuestra atención de una forma muy parecida. Nos hechiza, es un foco constante de atención. Y podríamos pensar que esta atención es perfectamente apropiada. Después de todo, no cabe duda de que las categorías sexuales —es decir, si se tienen genitales femeninos o masculinos— son fundamentales para la reproducción. Las categorías sexuales constituyen también la forma más primaria de dividir el mundo social. Lo primero que preguntamos cuando nace un bebé es su sexo, y el dato demográfico que es menos probable que olvidemos sobre alguien es si es hombre o mujer. Así que quizá no es sorprendente que se suela pensar que el sexo biológico es una fuerza tan fundamental dentro del desarrollo que no crea solo dos tipos de sistemas reproductivos, sino dos tipos de persona.¹

Esta forma de pensar se basa en una historia muy conocida sobre la evolución (bautizada con mucho acierto por el filósofo de la ciencia de la Universidad de Exeter John Dupré, uno de sus mayores críticos, con el nombre de *panorama biológico*).² Como todos sabemos, los progenitores de un bebé humano merecen un reconocimiento enormemente desigual por haber obrado el milagro de la vida. Según mis cálculos aproximados, a la madre se le debe más o menos toda una vida de gratitud inquebrantable por haber aportado un óvulo mullido, unas cuarenta semanas de pensión completa en el útero, muchas horas de parto y varios meses de dar el pecho. En cambio, para el padre, quien hasta el momento del nacimiento podría no haber aportado más que un solo espermatozoide, un gesto de agradecimiento con la cabeza podría bastar. Esta diferencia básica en la inversión biológica que hace cada sexo en la

creación de un bebé significa que, al menos en ciertos aspectos, en tiempos ancestrales, cada sexo debía adoptar actitudes distintas ante la vida para alcanzar el éxito reproductor. Naturalmente, este es el argumento principal —de hecho, el único argumento— del razonamiento evolutivo. Esto significa que los hombres, al contribuir con una inversión mínima, mucho menor, en la creación de un bebé, tienen la posibilidad de cosechar un enorme beneficio reproductivo al mantener relaciones con muchas mujeres, preferiblemente jóvenes y fértiles. Para las mujeres, la cosa cambia. Su mayor preocupación es tener acceso a recursos que les permitan cuidar de unos descendientes por los que han pagado un alto precio biológico.

Según nos cuentan las diversas versiones de esta famosa explicación, así fue como una forma de selección natural llamada *selección sexual* —que surgió de las ventajas reproductivas que ciertos individuos presentan en comparación con otros del mismo sexo—³ terminó por configurar las personalidades de los sexos. Los hombres desarrollaron rasgos promiscuos, arriesgados y competitivos porque dichas cualidades eran las que más los ayudaban a acumular los recursos materiales y sociales que atraían a las mujeres y a convertir el interés sexual en un retorno reproductivo. A un hombre podía irle bien si estaba con una sola mujer, pero los chicos buenos nunca ganan la lotería reproductiva. A las mujeres, sin embargo, este tipo de comportamiento codicioso y ávido podría haberles comportado más costes que beneficios. Algunos autores apuntan a una estrategia femenina evolucionada basada en tener aventuras oportunistas con hombres genéticamente superiores durante la fase fértil o el ciclo menstrual para cazar «buenos genes».⁴ Pero, con mayor frecuencia, las mujeres ancestrales que transmitían sus genes eran aquellas que se sentían psicológicamente inclinadas a pisar sobre seguro y que estaban

más concentradas en cuidar a su preciada descendencia que en invertir su energía en andar persiguiendo a un sinfín de amantes, riqueza y gloria.

Todo lo anterior se presenta como una lógica evolutiva objetiva, imparcial e indiscutible. Las feministas pueden clamar contra el patriarcado y agitar airadamente sus llaveros de testículos cuanto quieran, que no modificarán los principios básicos de la reproducción. Ni tampoco cambiarán el abanico de consecuencias que dicha lógica provoca en los cerebros y comportamientos humanos actuales. A menudo se nos dice que estas consecuencias abarcan actividades que nuestros ancestros no habrían podido imaginar ni en sus sueños más salvajes, como cultivar células en un laboratorio o viajar a gran velocidad en un tubo metálico con ruedas. Fijémonos, por ejemplo, en cómo el psicólogo de la Universidad de Glasgow Gijsbert Stoet explica la persistencia de la brecha de género en los campos de la ciencia, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas (CTIM):

A las personas suelen guiarlas sus deseos inconscientes. En la Edad de Piedra resultaba conveniente que los hombres cazaran y que las mujeres cuidaran de los niños, y la naturaleza ha contribuido codificando algunas de estas habilidades en nuestros cerebros. Y ello todavía influye en nuestra forma de pensar actual.⁵

Debo decir que, de los muchos matemáticos y científicos que conozco, ninguno investiga de una forma que recuerde a un troglodita persiguiendo a un jabalí de río con una lanza, pero puede que las cosas sean distintas en Glasgow. Un colaborador de una revista de Fórmula 1 establece una relación similar entre el pasado y las desigualdades del presente:

EL CEREBRO HUMANO DEL SIGLO XXI ES DE LA EDAD DE PIEDRA

Naturalmente, los humanos de la Edad de Piedra no participaban en el Campeonato Mundial de Fórmula 1 de la FIA, pero las recompensas de la supervivencia y, naturalmente, del apareamiento configuraron el cerebro masculino para la caza, la agresividad y el riesgo.

Estudios científicos apuntan a que esto se observa en el estilo de conducción actual de los hombres. Es la razón por la cual mueren más hombres que mujeres en accidentes de tráfico. Naturalmente, durante el mismo periodo, las mujeres fueron configurándose para el cuidado y la defensa de sus hijos. Naturalmente, todo esto suena tremendamente sexista, pero es el resultado de combinar hechos históricos con un estudio científico reciente.⁶

¡Faltaría más! ¿Cómo podría ser sexista informar sobre las conclusiones objetivas de la ciencia? Es más, ¿todavía existe alguien sexista? ¿O son solamente personas que reconocen que nuestros cerebros y actitudes han sido configuradas por presiones evolutivas que únicamente responden al éxito reproductivo del pasado ancestral, sin tener en cuenta las consecuencias futuras para la representación de las mujeres en los campeonatos mundiales de Fórmula 1 o en los consejos de administración? Después de todo, tal como observa el neurobiólogo de la Universidad de California Larry Cahill:

Insistir en que de alguna forma —por arte de magia— la evolución no provocó influencias biológicas de todo tipo y magnitud en el cerebro humano en función del sexo, o que estas influencias de alguna manera —por arte de magia— provocan un efecto mínimo o no detectable en el funcionamiento del cerebro (comportamiento) equivale a negar que la evolución haya afectado al cerebro humano.⁷

En efecto, a medida que aumenta el número de estudios sobre las diferencias sexuales cerebrales, el argumento de que la selección sexual ha creado dos tipos de cerebro humano —el masculino y el femenino— parece cobrar cada vez más fuerza.⁸ ¿Tenía razón John Gray, después de todo,

al decir que los hombres son de Marte y las mujeres son de Venus? Algunos científicos afirman que, a pesar de que las diferencias medias entre la forma de pensar, sentir y actuar de hombres y mujeres podrían ser relativamente modestas, si se consideran rasgo por rasgo, el efecto acumulado es abismal. «Desde el punto de vista psicológico, los hombres y las mujeres son prácticamente especies diferentes», concluía un académico⁹ de una escuela de negocios de Mánchester. En la misma línea, Cahill apunta a que esta combinación se asemeja a cómo las diferencias entre un Volvo y un Corvette —una pequeña diferencia en los frenos, una disparidad modesta en los pistones, etc.— terminan configurando dos tipos de coche muy distintos.¹⁰ Puede que no sea casualidad que uno sea un vehículo familiar seguro y bonito con un maletero espacioso para la compra, y que el otro esté diseñado para transmitir poder y estatus.¹¹

Ciertamente, a menudo nos comportamos y hablamos como si los sexos fueran categóricamente distintos: a los hombres les gusta *esto*, a las mujeres les gusta *aquello*. En las jugueterías, los pasillos (físicos o virtuales) de productos segregados por sexo asumen que el sexo biológico de los pequeños indica qué tipos de juguetes les interesarán. Supuestamente, en línea con las presiones selectivas específicas de cada sexo del pasado evolutivo, los «juguetes de niños» promueven lo físico, la competitividad, el dominio y la construcción. Mientras tanto, el pasillo rosa, con propuestas más tranquilas, tales como muñecas, juguetes domésticos y kits de belleza, refuerza los dos pilares de la feminidad tradicional: el cuidado y estar guapa.¹²

Algunos colegios presumen de clases segregadas por sexos basándose en el supuesto de que el sexo biológico proporciona categorías útiles para las necesidades pedagógicas. Por ejemplo, el eslogan de un colegio de chicos cercano a donde vivo —«Sabemos de chicos»— sugiere que si un día una niña apareciera en el colegio para que le ense-

ñarían, reinaría un estado de profunda confusión. «¡Pero es que aquí solo sabemos de chicos!», exclamarían los profesores, desesperados.

De la misma forma, muchos libros refuerzan el mensaje de que *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus*,¹³ mientras otros títulos prometen explicar por qué *Los hombres son como waffles, las mujeres como espaguetis*,¹⁴ *Por qué los hombres quieren sexo y las mujeres necesitan amor*,¹⁵ *Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas*,¹⁶ *Why Men Don't Iron [Por qué los hombres no planchan]*¹⁷ e incluso *Why Men like Straight Lines and Women like Polka Dots [Por qué a los hombres les gustan las rayas y a las mujeres los lunares]*¹⁸ —en mi opinión, las rayas son de lo más hostil.

Y cuando se trata de los lugares de trabajo, muchos consultores sobre «diversidad de género» dan por sentado que el sexo biológico es una representación muy útil de las capacidades que los empleados aportan a las empresas. Para aumentar la presencia femenina en posiciones ejecutivas, recomiendan que las empresas «aprovechen las cualidades únicas de los hombres y de las mujeres».¹⁹ Argumentan que tener prácticamente todas las posiciones ejecutivas ocupadas por hombres es como tratar de barrer el suelo con nueve recogedores y una escoba. Fijémonos en un ejemplo, el libro *Trabaja conmigo: Marte y Venus*,²⁰ respetuosamente reseñado en las revistas *Forbes* y *The Economist*.²¹ En él, los autores Barbara Annis y John Gray advierten que los empleados deben trabajar la «inteligencia de género», es decir, aprender a comprender las perspectivas y necesidades distintas de los hombres y de las mujeres, y a reconocer cómo el talento femenino innato en aspectos como comunidad, colaboración, intuición y empatía proporciona el equilibrio perfecto para la actitud intrínsecamente competitiva, orientada a los objetivos y en ocasiones desconsiderada de los hombres.